EN PUNTO

Tokio

BAJO TRES PARAGUAS

Mino Monicelli llevó a cabo una encuesta en el Japón a raíz de la difusión de la noticia de que los chinos habían lanzado su primer satélite. Este diálogo sintetiza las preguntas que el periodista italiano formuló a políticos y expertos económicos de aquel país, así como las respuestas obtenidas.

PREGUNTA.—Hasta ayer mismo, el Japón estaba comprimido entre dos superpotencias nucleares, Estados Unidos y la Unión Soviética. Hace diez días, China, un país con ochocientos millones de habitantes, que sólo dista quinientos kilómetros de las costas japonesas, ha entrado a formar parte del club de las superpotencias nucleares, estrechando aún más el círculo en torno al Japón. ¿Cómo se explica la sangre fría con que la opinión pública japonesa ha acogido la noticia?

RESPUESTA.—Se explica por una razón psicológica de fondo. El japonés medio piensa: «China no nos ha atacado jamás en quince siglos, ¿por qué habría de hacerlo ahora?». En toda la historia del Japón, los únicos invasores de nuestro suelo (aparte del fallido intento de los mongoles de Kubilia) han sido los americanos. Los chinos nunca han puesto un pie en nuestras costas. Además, desde que están en el poder, los comunistas chinos no han invadido ningún país extranjero. Los chinos han considerado siempre el Tibet como parte integrante de su país. Una sola vez han atravesado nuestros vecinos las fronteras de Corea del Norte, pero fue sólo para rechazar a los soldados de Douglas Mac Arthur. En realidad, el comunismo chino no ha hecho más que sustituir al confucianismo, es decir, la menos agresiva de todas las ideologías. El advenimiento de la ideología maoísta no ha cambiado sustancialmente ese esquema mental formado a lo largo de dos mil años de confucianismo.

A diferencia del Japón, que siempre ha preferido copiar humildemente a los demás antes de perder tiempo, China es un país que puede esperar (véase la revolución cultural). Es un país que quiere descubrir, reinventar todo por sí mismo, hasta la moderna tecnología.

P.—Pero, ¿no temen los japoneses si no una invasión, por lo menos una satelización?

R.—Es verdad que el Japón no posee una individualidad cultural tal que pueda imponerse a los tres colosos que lo aplastan. Los japoneses siempre han absorbido de culturas extranjeras: primero de la china, luego de la europea, finalmente de la americana. La actitud de los japoneses hacia China es una mezcla de condescendencia por su atraso tecnológico y de respeto por su cultura milenaria. Los japoneses ven a China como un provinciano ve a un señorito de ciudad. Pueden llegarnos de China amenazas, intimidaciones, pero no nos asustan como a los occidentales. Para nosotros, el peligro amarillo no tiene sentido. Para nosotros, los chinos son gente que piensa. Y además no podemos permitirnos equivocaciones frente a las perspectivas de un mercado de ochocientos millones de seres humanos a los que hay que equipar de todo. En realidad, China tiene mayores motivos de alarma que el Japón. Es verdad que el Ejército japonés sólo cuenta con doscientos cuarenta mil hombres y que las fuerzas navales son prácticamente inexistentes, pero está en curso una «reestructuración» de nuestras fuerzas de defensa, relacionada con el abandono de Okinawa prometido por los americanos para mil novecientos setenta y dos. El objetivo del Japón sería un Japón neutral, sin bases americanas. Pero el Japón de Sato, por el contrario, no sólo ha estrechado sus lazos con los americanos, sino que también ha intensificado sus relaciones con los rusos, que han invitado a los japoneses a colaborar en la industrialización de la Siberia oriental. Para el Japón, la utopía consistiría en participar en la industrialización de Siberia, convertirse en principal abastecedor de ochocientos millones de chinos y seguir disfrutando del paraguas atómico norteamericano. Los hombres de negocios que apoyan el régimen de Sato, prevén que el volumen del comercio con China alcanzará, para mil novecientos setenta y cinco, los mil quinientos millones de dólares.

P.—La oposición socialista propugna una política contraria el rearme. ¿Puede declararse neutral la tercera potencia industrial del mundo?

R.—¿Por qué no? Los japoneses se han aprendido la lección de la guerra. Y al darse cuenta de la falsedad de los esquemas políticos y militares de las superpotencias, han decidido convertirse en animales económicos dedicados solamente a la eficacia productivista. El Japón está seguro de poder resistir la hegemonía político-cultural de sus vecinos y de jugar, al mismo tiempo, la carta del equilibrio en el Extremo Oriente.

CONTESTACION EN OSAKA

Un joven contestatario japonés, después de permanecer durante más de ciento cincuenta y nueve horas encaramado en la Torre del Sol, de la Exposición de Osaka, fue por fin detenido.

Tocado con un casco que indicaba su pertenencia al Ejército rojo, grupo de extrema izquierda célebre por su secuestro de un avión japonés impelido a aterrizar en Corea del Norte, el joven se había instalado en el ojo derecho de la estatua dorada que remata la Torre del Sol. Invitado a gritos a descender, contestaba invariablemente: **«No bajaré antes de que termine la Exposición».** A los tres días, sin apenas alimentos y presa de una creciente fatiga, pasó al ojo izquierdo de la estatua. Por fin, a base de un intercambio de gritos, permitió que un policía, que casi llegó a hacérsele familiar, subiera a ayudarle. Hasta que se dejó persuadir de que era necesario bajar. Y, claro, fue inmediatamente detenido por la Policía.